

IGNACIO UZCANGA



Se cuenta que un pequeño flamenco vivía en una laguna donde, de vez en cuando, pasaba volando un personaje invisible llamado Susurro.



Susurro le decía: —Mira, es niña porque es rosa.



Pasaron días y días, y el pequeño Flamenco no lo escuchaba, pero...



Finalmente empezó a sentirse triste y se preguntaba constantemente por qué él era rosa si era niño.



Investigó y le dijeron que Peluquín, una peluca grande abandonada en el fondo del mar, podía ayudarlo, pues había ayudado a muchos animales dándoles pijamas según sus necesidades. A algunas serpientes les daba pijamas para cambiar de piel; a otros animales que se avergonzaban de su piel quemada les daba unas pijamas tipo mameluco.



Flamenco quería, a toda costa, una pijama diferente. Quería ser de color azul, rojo o negro, colores a los que él llamaba «varoniles». Así que contrató al señor Topo, quien tenía un submarino y lo llevó hasta donde estaba don Peluquín.



Durante el camino Flamenco estaba muy contento, porque por fin Susurro dejaría de molestarlo.



Estando ahí, le expresó su necesidad, a lo que Peluquín le respondió:



—Yo te puedo dar uno rojo, uno azul o uno negro, si así lo quieres, pero tú tienes que convencerte de que lo mejor es lo que ya tienes.



Muchos vienen aquí porque tienen la piel quemada o porque alguna enfermedad los dejó sin pelaje o plumaje, pero nadie viene para cambiar o esconder el que ya tiene.

Pero mira...



Le tomó las medidas...



Y así le hizo un mameluco de color rojo con azul y se lo dio.



El pequeño Flamenco se lo puso y, cuando pasaba Susurro, ya no le decía nada.



Flamenco estaba feliz, pero, con el paso del tiempo, el clima cambió y comenzó a hacer calor.



Flamenco ya no podía respirar. Sentía que se iba a desmayar; sudaba y sudaba. Cuando estaba a punto de desmayarse, llegaron los flamencos y le dijeron:



—Pero ¿qué has hecho? ¿Cómo crees que vas a soportar el calor con esta cosa puesta?
El pequeño Flamenco les contó lo sucedido y todos le dijeron:
—Somos rosas, incluso los machos, pero el rosa no te hace mujer ni hombre. El color no tiene sexo ni género, y, si dejas que las cosas que dicen los demás te afecten, nunca vas a poder ser tú mismo.



Flamenquito, avergonzado, se quitó el mameluco. Se cuenta que ahora presume su plumaje rosa tornasol y está orgulloso de él. Cuando Susurro le dice algo, él no le hace caso, pues comprendió que las palabras de Susurro tenían fuerza porque él permitía que le afectaran.



Ignacio Uzcanga es escritor, filósofo y educador. En sus cuentos infantiles combina la imaginación y la reflexión para acercar a los pequeños lectores a preguntas sobre sí mismos y los demás. En Flamenco, invita a reconocer el propio valor, superar el miedo a las burlas y descubrir la alegría de ser uno mismo.

En una tranquila laguna vive un pequeño flamenco que comienza a avergonzarse de su plumaje rosa por las burlas de un insistente susurro. Decidido a cambiar su apariencia, emprende un viaje en el submarino del señor Topo hasta el taller de Peluquín, una singular peluca que confecciona prendas para los animales. Allí consigue un mameluco rojo y azul con el que espera dejar atrás sus preocupaciones, sin imaginar los problemas que le traerá.

Entre paisajes encantadores y personajes inesperados, Flamenco cuenta una historia sobre la aceptación personal, el peso de las palabras y la importancia de contar con quienes nos quieren. Una aventura que invita a los pequeños lectores a descubrir que ningún color determina quiénes somos y que no necesitamos ocultarnos para merecer respeto y cariño.